

Otro tema de De Castro es el canto a la madre; en Chile tuvimos la voz magistral de Mondaca para ese arpegio; aunque el canto del chileno supera en mucho al uruguayo, el poema es apreciable desde varios aspectos; uno —aunque sea externo—, el del empleo a lo largo de todo el poema de la *concatenación estrófica* insistente. Prueba la tradicionalidad del canto de nuestro poeta. A él no le importa prodigar tal efecto del verso, que aparece ya en obras del poeta hagiográfico Gonzalo de Berceo.

En resolución, tres notas fundamentales orientan el canto de Manuel de Castro: el tono elegíaco propio de un espíritu atormentado y profundo; el desborde vital (p. ej.: "Fiesta vinaria"), angustioso, propio de quien se atenacea en visión de su muerte, y un deseo siempre manifiesto de hallar en su propio eco y en la forma cristalina la sinceridad de su canción. El acento seguro se lo confieren la sencillez con que procede y la íntima verdad de su canto. —*Juan Loveluck.*

■
<https://doi.org/10.29393/At343-344-22NAES10022>

"NAUFRAGIO", de *Juan Marín*

Juan Marín, poeta y lobo de mar, teje en frases cortas, sintetizando el estilo, una historia de acre sabor trágico, llena de intrépidas hazañas, impregnada de romances peregrinos que orientan el motivo por senderos nuevos dentro del lenguaje hispano, recorrido y vuelto a recorrer por nuestros modernos escritores. El estilo de Marín crea nuevos derroteros en el género novelesco y como un nuevo Colón se enrumba en el yate de su fantasía creadora por los mares del mundo, esparciendo a los cuatro vientos una canción de amor y de recuerdo, "mientras la proa abre caminos de cristal en el encrespado desierto azul".

La originalidad, tan escasa hoy en todo género de literatura, encuentra en Marín un sabio intérprete, porque en sus narraciones de un sabor romántico y grandemente filosófico, deja entrever y se palpa a simple vista la sabiduría de aquella frase de Virgilio:

“Non nova, sed nove”. ¡Y cuánto mejor dice Marín lo que otros han dicho! ¡Cómo interpreta el sentimiento del marino, que él lo es por raza y vocación! Su obra literaria como ensayista y novelador, queda superada en *Naufragio* y definida claramente ante las nuevas generaciones que suelen esperar del escritor alguna algarabía futurista falta de sentido, llena de contradicciones y de inconsecuencias que dan al traste con la idea cuando se empeña en superar el estilo.

Marín escribe con el alma, vaciando en la planilla todo el flúido de sus sentimientos porque se halla incapaz de repeler esa fuerza interior que es epicentro de su emotividad, y por ello, sin respetar normas ni acoger prejuicios, dice con el corazón lo que otros muchos apenas si podrían decir, alquilando su pensamiento. En un romance profundo, estrujado por la violencia del mar, saturado de poesía que perfuma el ambiente trágico de sus motivos, Juan Marín ensaya el recuento de alguna incidencia de su vida que dejó en su memoria una huella profunda, tan amarga y tan cruel que le hace exclamar sin conmovirse: “La vida, especialmente la del corazón, está determinada por extraños designios y ante ellos más vale silenciar las justificaciones”.

Naufragio es simplemente un bello opúsculo de poesía vernácula. Marín se inspira en el recuerdo triste de esos días y evoca imágenes de una realeza sutil y bellamente sonora. Acostumbrado a esa vida viajera y de aventura, a la lucha incesante con el mar, hace de su velero “Birdale” un hermoso templo “alado y firme como la vela hinchada al viento”. Canta al mar con inusitados arrebatos de pasión y en medio de las olas, envuelta en cascadas de espuma, como una sirena de largos cabellos, Elizabeth aparece en medio de su vida, enturbia el horizonte de triunfos y ambiciones del navegante, pero él inspirándose en el azul lejano de los ojos de su amada, exclama asomándose por los ventanales de su espiritualidad:

*Ojos que son coronas de plantas submarinas,
glicinas transparentes, medusas de cristal.*

¡Qué hermosa y decidora es la poesía de Marín! ¡Cómo sugestionada y cómo mata la sensibilidad del lector que busca en Marín al poeta del romance!

La originalidad de Juan Marín en su novela *Naufragio* subyuga, atrae y entusiasma.—E. Sanin Rivera.



"EL ÁNGEL Y EL LEÓN", de *Enrique Espinoza*, Babel,
Santiago, 1953

Ya en otro comentario a un libro de Enrique Espinoza empecé aludiendo a su estilo. En el volumen de que ahora me ocupo su estilo atrae de nuevo la atención por su agilidad, sobriedad y unidad. Tres virtudes conducidas por un tono viril a toda prueba. Casi, casi diría que vigila demasiado cualquier asomo de blandura o matiz sentimental en su expresión. Esto, quizá, porque debe reconocerse a sí mismo como lo ven sus amigos: un sensitivo. No de aquellos que sufren caídas lánguidas, sino de los que se salvan sonriendo siempre a tiempo.

En más de una ocasión Enrique Espinoza ha sido tachado de poco adicto al grupo hebreo de que proviene. *El ángel y el león* es una prueba de que si su autor ha fustigado alguna vez la susceptibilidad semita, ha sido porque dirige sus baterías al fanatismo dondequiera que éste se halle entronizado. Rindiendo homenaje a Heine, Rathenau, Kafka, Einstein y Gerchunoff defiende al talento, la bondad, la inteligencia y el genio de la estupidez de quienes los niegan por el mero hecho de integrar sus poseedores la raza judía.

¡Oh, la raza! Concepto el más paradójal. *Exempli gratia*: Albert Einstein, cumbre de la ciencia contemporánea, es judío. La más pura y talentosa intérprete de las arias de Bach en nuestros días, Marian Anderson, es negra. Y algo más: se dice que las geishas en el Japón, rechazan a los occidentales porque la piel blanca no huele bien.